

ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE LA PALABRA COMPUESTA

1) *La palabra compuesta como signo lingüístico*

Introducción.

El maestro de la Lexicografía española, don Julio Casares, ha evocado con singular gracejo las dificultades de orden teórico y práctico que se nos plantean cuando intentamos formular una definición aceptable —si no universalmente válida— del concepto lingüístico *palabra*¹. Desde la Antigüedad clásica —en que se encuentran las raíces de nuestras reflexiones sobre el lenguaje— hasta nuestros días, el problema (si bien desde distintas perspectivas y con diversas motivaciones) ha preocupado no sólo a gramáticos, filólogos o lingüistas, sino a cuantos hombres de ciencia o escritores se han detenido a meditar, siquiera fuese momentáneamente, sobre el lenguaje. Los mismos diccionarios especializados en términos lingüísticos² acusan una extrema dificultad para lograr una definición completa y procuran obviar el problema ofreciéndonos una enumeración de las fórmulas que el autor considera más importantes entre las innumerables que han sido propuestas. Todas ellas susceptibles de una crítica más o menos severa, todas ellas insatisfactorias en alguno de sus extremos o fundamentos.³ Las dificultades parecen tan insalvables, que algunos lingüistas han llegado a afirmar que no es posible una

¹ Vid. *Nuevo Concepto del Diccionario de la Lengua*. Madrid, Espasa-Calpe, 1941, pp. 218 ss. Cf. *Introducción a la lexicografía moderna*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1950, pp. 51-52 (Anejos de la *RFE*, LII).

² Vid., por ejemplo, FERNANDO LÁZARO CARRETER. *Diccionario de Términos Filológicos*. Madrid, Gredos, 1963, s. v. *palabra*: «El concepto palabra es de muy difícil definición».

³ Vid. A. ROSETTI. *Le Mot. Esquisse d'une théorie générale*. Copenhague-Bucarest, 1947 (Société Roumaine de Linguistique. Série I. Mémoires, 3. 2.^a edic.), especialmente las pp. 23-26.

definición universalmente válida, ya que el concepto de palabra es variable y depende de la estructura de cada lengua ¹.

Creemos que, con mucha razón, Charles Bally ha atribuido gran parte de estas dificultades a la diversidad de los puntos de partida adoptados para alcanzar la definición de la palabra, aunque el mismo Bally reduce esta variedad a dos consideraciones generales: léxica y gramatical ². Es evidente que, en última instancia, las definiciones que algunos lingüistas como Meillet ³, Hjelmslev ⁴, Brøndal ⁵, Bühler ⁶, Laziczius ⁷, Pottier ⁸, etc., han propuesto responden, en efecto, a concepciones di-

¹ J. VENDRYES. *El Lenguaje*. México. UTEHA, 1958 (traducción de M. de Montoliu y J. M. Casas. Revisión y adiciones de A. Badía y J. Roca), pp. 144-145: «La palabra no tiene, pues, definición general aplicable a todas las lenguas, si no es la que propuso Meillet, que precisamente deja indecisa la manera cómo se expone el empleo gramatical». Algo semejante afirma A. MARTINET. *Elementos de Lingüística general*. Madrid, Gredos, 1965, p. 142: «Sería inútil tratar de definir con más precisión este concepto de "palabra" en Lingüística general. Se puede, sin embargo, intentarlo dentro del cuadro de una lengua determinada».

² «La notion de mot passe généralement pour claire; c'est en réalité une des plus ambiguës qu'on rencontre en linguistique. Le malentendu vient de ce que, pour définir le mot, on se place tantôt au point de vue du lexique, tantôt à celui de la grammaire.» *Linguistique générale et Linguistique française*. Berne. Francke, 1950, 4.ª edic. p. 287.

³ «Un mot est défini par l'association d'un sens donné à un ensemble donné de sons susceptible d'un emploi grammatical donné.» *Linguistique historique et linguistique générale*. Paris, Champion, 1921, p. 30.

⁴ Para quien la palabra es un simple agregado de *semantema* y *morfema*, sin unidad propia. Vid. *Principes de Grammaire Générale*. Copenhague, 1928, pp. 124 ss.

⁵ V. BRÖNDAL. *Les parties du discours*. Copenhague, G. E. C. Gad 1928, vid. pp. 19 ss. y *Essais de Linguistique Générale*. Copenhague, E. Munksgaard, 1943; vid. pp. 117 ss.; «La constitution du mot».

Situado en un plano lógico-gramatical, Brøndal ha insistido en la necesidad de que la palabra pertenezca a una de las categorías o partes de la oración. Esta adscripción a una categoría determinada constituiría la «constante lógica».

⁶ «Palabras son los signos fonéticos acuñados fonemáticamente y capaces de campo de una lengua». Vid. *Teoría del lenguaje*. Madrid, Rev. de Occidente, 1950. Trad. de Julián Marías, p. 336.

⁷ J. V. LACZIZIUS. *La Définition du Mot. Cahiers Ferdinand de Saussure*. 1945, V, pp. 31-37. Su planteamiento arranca de la consideración saussuriana de la «lengua» como sistema. Más estricta es la definición de signo — aplicable a la palabra — que propone P. GUIRAUD. *La Sémantique*, Paris, Presses Univ. de France, 1962, p. 23: «El signo lingüístico es una asociación de dos imágenes mentales, una forma acústica significativa y un concepto significado».

⁸ Citado como ejemplo de las formulaciones estructuralistas de la palabra.

Para POTTIER, signo lingüístico =
$$\frac{\text{función gramatical}}{\text{expresión}} + \frac{\text{sustancia semántica}}{\text{formal}}$$

Cito por el trabajo más a mano que tengo: *Terminología gramatical en Presente*

versas del lenguaje. Adviértase, sin embargo, que no se trata de un problema exclusivamente teórico o especulativo; problemas semejantes se nos plantean cuando se trata de la clasificación o análisis de las palabras (sea cual fuere el principio ordenador: categorías gramaticales; simples, derivadas o compuestas; arbitrarias o motivadas; autónomas o partículas, etc.), cuando procuramos establecer y jerarquizar sus contenidos significativos o la compleja naturaleza del significado; cuando intentamos delimitarlas dentro del enunciado; cuando pretendemos reunir las en un diccionario descriptivo; cuando... Siempre nos encontramos con casos límites que deshacen los linderos, trabajosamente levantados, entre dos campos vecinos. Una larga experiencia en el estudio diacrónico y sincrónico de la palabra ha llevado a mi antiguo maestro en la Universidad de Madrid, don Vicente García de Diego, a llamarla «fantasma del lenguaje»¹,

No pretendemos ahora, en modo alguno, entrar en el debatido problema de «la definición de la palabra» ni proponer una nueva definición más o menos original y más o menos ecléctica. Tal menester lo hemos llevado a término en nuestra *Introducción a la Semántica española*, redactada para la «Enciclopedia Lingüística Hispánica» del Consejo Superior de Investigaciones Científicas que, en breve plazo, aparecerá en su tercer volumen. Nuestro propósito, más modesto en su amplitud, pero tal vez más ambicioso en su profundidad, consiste en acercarnos a la realidad lingüística de un tipo especial de palabras españolas: las que la gramática tradicional denomina *palabras compuestas*.

La palabra compuesta como signo lingüístico

Sean cualesquiera las diferencias específicas o las notas complementarias que hayan sido utilizadas en las más diversas definiciones de la palabra, existe una raíz genérica común a todas ellas: *la palabra es un signo lingüístico*. Conviene, pues, que partamos de este punto en nuestra indagación.

Desde la publicación del *Curso de Lingüística General*, de Ferdinand de Saussure, el análisis del signo lingüístico se ha realizado, por vía ejemplar, sobre la palabra, y se ha admitido generalmente —con precisiones ulteriores más o menos detalladas, sobre las que volveremos más ade-

y futuro de la lengua española, Vol. II, pp. 393 ss.; A. MARTINET, *op. cit.* p. 141, ha propuesto: «Un sintagma autónomo formado de monemas no separables es lo que se llama generalmente palabra».

¹ Vid. *Lecciones de Lingüística española*. Madrid, Gredos, 1960, pp. 145-169.

lante— su famosa dicotomía *significado-significante*¹, ya que se han considerado al margen de la Lingüística las realidades denotadas por el signo lingüístico². El corolario inmediato de tal principio en la doctrina saussiriana, y en las escuelas lingüísticas más o menos inspiradas en sus fundamentos teóricos, es la *arbitrariedad* radical del signo lingüístico³.

Sin entrar de lleno en el problema de la arbitrariedad del signo⁴ ni en el de la exactitud y propiedad de los vocablos «arbitrario» y «motivado»⁵, hemos de tener en cuenta que la ausencia de ligaduras o vínculos «necesarios» entre significado y significante se ha planteado siempre en un análisis puramente fónico del signo lingüístico. En segundo lugar, hemos de contar con que se ha tenido como punto de partida lo que Bühler ha llamado el «léxico puro»⁶, que no es sino una parte —y no la mayor, en numerosas lenguas— del léxico del idioma, con lo que la argumentación cuantitativa de Saussure se vuelve contra él mismo⁷. El propio Saussure, después de afirmar que el principio de la arbitrariedad del signo «domina toda la lingüística de la lengua»⁸, tuvo que atenuar la radicalidad de su afirmación tan pronto se enfrentó con el estudio de su funcionamiento como tal-lengua: «el signo puede ser relativa-

¹ Vid. *Curso de Lingüística General*. Buenos Aires, Losada, 1945 (traducción de A. Alonso), pp. 127 ss.

² El conocido triángulo de OGDEN y RICHARDS tiene en cuenta las realidades —bien sea en su materialidad, bien como vivencias— denotadas por la palabra. Vid. *El significado del significado*. Buenos Aires, Paidós, 1954 (traducción de E. Prieto sobre la 10ª edición inglesa), pp. 36-37.

³ Cae fuera de nuestro propósito actual estudiar las consecuencias que de ello se derivan. Baste con apuntar, de pasada, que en tal consideración habríamos de situar fuera de la Lingüística a las palabras motivadas, especialmente las onomatopéyas de las que SAUSSURE afirma: «nunca son elementos orgánicos de un sistema lingüístico» (*Curso*, p. 132).

⁴ Sobre él existe una abundante bibliografía desde que los antiguos griegos discutieron si las palabras respondían a una ψοσει o a una pura convención: θεσει. Vid. G. RÉVESZ. *Ursprung und Vorgeschichte der Sprache*. Berna, 1946, y E. BENVENISTE, *Nature du signe linguistique*. *Acta Linguistica*, 1939, I, pp. 23-29.

⁵ Vid. DÁMASO ALONSO. *Poesía española*. Madrid, Gredos, 3.ª ed. 1957, pp. 600-601, y S. ULLMANN. *Introducción a la Semántica Francesa*. Madrid, C. S. I. C., 1965, p. 135, nota 4.

⁶ *Teoría del lenguaje*, p. 328.

⁷ Vid. *Curso*, pp. 132-133. La debilidad del argumento cuantitativo —aunque referida más directamente a la Fonología— ya fue señalada por DÁMASO ALONSO. *Poesía española*, p. 601 nota.

⁸ *Curso*, p. 130.

mente motivado»¹. Tal matización fue desarrollada más tarde por su discípulo Charles Bally², aunque procurando mantenerse en el cuadro general del axioma saussuriano.

En sus *Problemas y métodos de la Lingüística*³, Walter von Wartburg ha puesto de relieve, con singular exactitud, el hecho de que estos signos «relativamente motivados» están íntimamente ligados a dos raíces entrañablemente humanas del lenguaje: al afán de expresividad, por una parte; al instinto etimológico, por otra. Atendiendo al primero de los factores señalados, establece Wartburg⁴ tres grados o matices de expresividad:

1) Palabras que (todavía hoy) están motivadas por su sonido (directamente): *baba*, *tintineo*, *susurrar*.

2) Palabras que están motivadas etimológicamente (de manera indirecta), es decir, por su relación a otra palabra: *enarbolar*, *campanario* (cf. *árbol*, *campana*).

3) Palabras que deben su significado a la tradición únicamente: *árbol*, *coger*.

En el mismo plano de afán expresivo, habría que tener en cuenta otros dos tipos de motivación relativa: la *motivación semántica*, que Ullmann reúne con lo morfológico bajo el común denominador de «motivación etimológica»⁵, y la que Bally ha designado con la expresión «motivación implícita», que se basa en la existencia de campos asociativos en el sistema léxico de un idioma⁶.

¹ Lo cual postulaba la anulación de la, para él, radical antinomia lengua-habla. Porque, si la motivación es relativa, hemos de admitir que depende de la conciencia lingüística individual del hablante el establecer la motivación. No son grados objetivos de motivación válidos para una comunidad, sino valores subjetivos, aunque respondan a tendencias generales. Sobre ello volveremos al tratar de los *compuestos analizables*. La afirmación de SAUSSURE en *Curso*, p. 219 ss.

² *Linguistique gén. et ling. française*, pp. 127 ss., en especial p. 197.

³ *Problemas y métodos de la Lingüística*. Madrid, C. S. I. C., 1951 (trad. y notas de D. Alonso y E. Lorenzo), pp. 212 ss.

⁴ Id. *Ibid.*, p. 219.

⁵ *Introducción*, pp. 155-163. Aunque no es el momento de realizar una crítica de tal fusión de ambas motivaciones, conviene advertir que el primer tipo corresponde al plano del hablante —de modo general— en tanto que la motivación morfológica parece más característica del plano del oyente. Claro está que hemos de tomar esta afirmación en sentido muy genérico, pues su análisis nos llevaría muy lejos y exigiría innumerables precisiones partiendo del estudio de la actividad-pasividad (= creación-interpretación) del hecho mismo de la comunicación.

⁶ *Ling. gén. et ling. française*, pp. 133-138.

En una primera consideración, las palabras compuestas parecen corresponder plenamente al segundo de los tipos señalados por Wartburg. Pero si examinamos el problema más de cerca, prescindiendo de las clasificaciones apriorísticas, y nos atenemos al material lingüístico allegado, creemos que son necesarias algunas precisiones no despreciables, tanto por la importancia que tienen para la interpretación de cada caso concreto como porque evidencian la necesidad de no establecer compartimientos estancos en cualquier división u ordenación lingüística. No hay que decir que no pretendemos dar valor universal a las conclusiones obtenidas, ya que las circunstancias y materiales propios de otras lenguas pueden exigir rectificaciones de mayor o menor entidad.

Dentro del grupo primero —onomatopeyas y palabras expresivas— hemos de apuntar la existencia de una fuerte tendencia a la creación de vocablos fundados en el poder imitativo de una sílaba que se repite, normalmente dos veces, bien en su integridad: *mama*, *papa*¹, *tata*, *baba*, *guauguau*, propias del lenguaje infantil o no: *tam-tam*², (al) *tun-tún*, *lantán* (más frecuente, *lantarantán*, y, a veces, *tarantantán*), etc., bien en su estructura consonántica con curiosas alteraciones vocálicas, que no son del momento estudiar: *tic-lac*, *zig-zag*³, *zipizape*, *tris-tras*; *lelo*, *memo*, etc. Una inicial gramaticalización se puede señalar en aquellas voces onomatopéyicas formadas con una raíz puramente motivada y un sufijo gramaticalizador, palabras del tipo *ulular*, *murmurar*, *sisear*, *bisbiseo*, *runrunco*, *balbucear*⁴, *titubcar*, *toqueteo*⁵, etc. No afirmamos que sean palabras compuestas en el sentido tradicional del término, pero sí queremos llamar la atención sobre el hecho de que son elaboradas sobre la base de una composición silábica y que su valor simbólico es fruto, precisamente, de tal repetición. Creemos que justamente a esta técnica de composición se debe el valor expresivo de ciertas palabras originariamente compuestas que, a consecuencia de su evolución fonética o semántica, se han dejado de sentir plenamente como tales por el hablante: *tiquis-*

¹ La acentuación aguda *papá*, *mamá* —propia de las clases cultas— es un galicismo del siglo XVIII (como ha señalado COROMINAS, DCELE, s. v. *papa*), introducido por la corte borbónica.

² No registrado en el Diccionario de la Real Academia.

³ Sea o no galicismo procedente, en definitiva, del alemán, como señala COROMINAS, DCELE, s. v.

⁴ Cf. en el español actual la forma *bla-bla* con sentido distinto: 'conversación intrascendente'.

⁵ Más expresiva, sin duda, que la forma *tocar* gracias a la segunda oclusiva dental que sirve de eco fónico a la primera de la palabra.

*miquis*¹, *tejemaneje*, (a) *toca teja*², (a) *troche y moche*³, etc., etc. Es decir, nos encontraríamos ante un grupo de formas cuya motivación nace más de factores fónicos que de raíces morfológicas o semánticas; ha existido un desplazamiento: son palabras cuya motivación originaria pertenecería al grupo segundo, que han pasado —o se encuentran en vías de hacerlo— al grupo primero.

También a medio camino, entre la motivación «directa» y la «indirecta» o «relativa», hemos de situar otros grupos de compuestas que se caracterizan por la unión de un elemento más o menos onomatopéyico y de una palabra no motivada. Podrían citarse como ejemplos vocablos del tipo *tartamudo*⁴, *tatarabuelo*⁵, *triquitraque*⁶, *pipiritaña*⁷, zas-

¹ Derivado del latín macarrónico *tichi michi* 'para ti, para mí' en discusiones conventuales. Vid. COROMINAS, DCELE, s. v. *tu*, quien lo considera como compuesto.

² Vid. JOSÉ MARÍA IRIBARREN. *El porqué de los dichos*. Madrid, Aguilar, 1962, p. 285. Hoy nadie liga la palabra *teja* con clase de moneda alguna y, por tanto, no hay asociación motivada con el verbo *pagar*, al que esta expresión adverbial se refiere en la mayoría de los casos.

³ El Diccionario de la Real Academia (ed. 1947) lo registra también como compuesto ortográfico: *trochemoche(a)* y lo da como compuesto de *trocear* y *mochar* con el significado de 'disparatada e inconsideradamente'. La misma etimología señala COROMINAS, s. v. *trozo*. Vid. también la nota de DÁMASO ALONSO en WARTBURG. *Problemas y métodos*, p. 133.

⁴ Cf. el onomatopéyico *tartaja*, *tartajoso*, *tartulear*, y el compuesto *sordomudo*. Sobre la formación de *tartamudo* es importante la explicación de COROMINAS (DCELE, s. v.), quien ofrece abundante documentación.

⁵ *Tata* citado más arriba y *abuelo*. El primer elemento procede del lat. *tata*, *tatta*, aparece documentado ya en el siglo X y ha sido usado con el sentido de 'padre' y 'hermana mayor'; hoy se emplea también referido a las muchachas de servicio junto a *chacha*. Corominas cree que *tatarabuelo* está creado sobre la base *tras*, tomando como modelo la forma *trasnielo* (ant. 'liznielo', ya en Berceo) *tranielo*, *tra-tranielo*, *tataranielo* (doc. a finales del siglo XVII). La lengua ant. conoció la forma *trasabuelo* ('bisabuelo', con abundante documentación a partir de mediados del siglo XIII), que formaba la pareja correlativa con *trasnielo*. Pero, aun admitiendo los razonamientos etimológicos de COROMINAS (Vid. DCELE, s. v. *tras* y AILC., I, 148-50), desde el punto de vista expresivo actual, que es el que nos importa ahora, es evidente que existe una conexión inmediata entre *tata* y *abuelo*.

⁶ *Traque* es onomatopéyico del estallido, cuyo valor expresivo señalan ya Alonso de Palencia y Nebrija. Vid. COROMINAS, s. v. *traque*, con un ejemplo semejante al castellano del campidanés recogido por Wagner.

⁷ El DRAE define esta palabra como 'flautilla que suelen hacer los muchachos con cañas del alcacer'. COROMINAS (s. v. *pipa*) la relaciona con *pipa* (< lat. v. **pipa*, 'flautilla') y señala su carácter onomatopéyico. Nosotros creemos que se trata de un elemento expresivo fónico cruzado con la palabra *caña*, el material de que se hacen tales flautillas.

*candil*¹, *papanatas*², etc., todos estos compuestos nos ofrecen la integración de un elemento fónico expresivo —más o menos atenuado como tal motivación fónica— con una palabra arbitraria, más o menos modificada, que tiene existencia independiente en el sistema; esto es, se trata de la combinación de una motivación fónica, aportada por el primer elemento, con la motivación morfológica que provoca el segundo. Claro está que su valor expresivo está íntimamente ligado a la condición de analizables, como veremos en seguida; pero, considerados en la perspectiva que hemos adoptado en este momento (y que se repite, en mayor o menor grado, en cada acto de habla), son palabras de motivación mixta, en las que unas veces predomina la inmediata (*pipiritaña*, *triquitrague*), otras la relativa (*zascandil*, *papanatas*) y, en fin, no faltan casos de equilibrio entre ambas: *tartamudo*³.

Dentro ya del grupo segundo de la clasificación establecida por Wartburg, parece conveniente hacer algunas subdivisiones necesarias para ordenar los materiales recogidos. En primer lugar, habría que distinguir entre compuestos y derivados, pues su valor expresivo —o, mejor tal vez, la intensidad de su motivación— es de diverso grado. En líneas generales no parece desproporcionado afirmar que la motivación relativa del compuesto español es más intensa y eficaz que la propia de las palabras derivadas⁴. Pero ¿dónde trazar el lindero entre ambas

¹ Vid. IRIBARREN, *op. cit.*, p. 528. COROMINAS coincide con el mismo origen *zasi* + *candil*, recogiendo una cita muy expresiva de Quevedo. Al mismo tiempo corresponderían las formas *zipizape* (con repetición del elemento expresivo *zape*), *zapatista* y *zapalagreña*. Vid. DCELE, s. v. *zape*.

² Construido sobre la raíz expresiva *papp-* *papa* 'comer', que nos ofrece otros compuestos semejantes en español: *papafigo*, *papahigo*, *papamosca*, *papahuevos*, etc. Vid. COROMINAS, DCELE, s. v. *papa* II.

³ Parece evidente que ello implica un análisis del significado de la palabra compuesta, ya que, en última instancia, la expresividad fónica nace de la correlación significante-realidad: *pipiritaña* puede ser considerada como motivada fonéticamente; *pipirrana* ('ensaladilla andaluza') tiende a motivarse morfológicamente ligándola con *pepino*.

⁴ El problema es, para nuestro propósito actual, secundario y su análisis exigiría, en puro rigor, un estudio de lingüística comparada. Reducimos, pues, nuestra afirmación al estricto campo de la lengua española basándonos en el contraste de las motivaciones respectivas de formas como *catorce-veinticuatro*, *sesenta-sciscientos*, *descarado-caradura*, *careto-carablanca*, *despreciar-menospreciar*, etc. Tal expresividad aparece también en numerosas parejas de palabras de casi sinónimos del tipo *risueño-carialgre*, *hospicio-casacuna*, *chismoso-correveidile*, etc. Claro está que, de nuevo, se nos plantea el problema de si es posible separar la motivación expresiva (plano del hablante) del análisis comprensivo (plano del oyente). ¿Tendremos que afirmar que el hombre es, de modo simultáneo y esencial, hablante y oyente? Preciso es renunciar a la tentación especulativa para seguir ceñidos a los hechos.

formas de motivación, de expresividad? Limitándonos al plano del hablante (después lo consideraremos en el del oyente que analiza la comunicación lingüística) creemos que pueden distinguirse diversos tipos:

a) Las dos palabras que forman el compuesto mantienen la integridad de sus significados y significantes respectivos: *vanagloria*, *aguamiel*, *sacacorchos*, *sordomudo*, *todopoderoso*, *casatienda*, *hierbabuena*, *guardia-civil*, *maldecir*, *menospreciar*, etc. En un análisis semántico ulterior estudiaremos si el significado del compuesto se obtiene por la simple agregación de los propios elementos que lo integran o supone algo más radical y profundo.

b) Dentro de este grupo habría que conceder una atención especial a aquellos casos en que uno de los componentes —o los dos, al mismo tiempo— aparecen con un uso figurado de su significado básico. En tales circunstancias, la motivación de la palabra compuesta resulta de la suma de la motivación morfológica que, como tal compuesto, tiene y la motivación semántica que se desprende del uso figurado de uno de sus elementos. Así, por citar sólo unos cuantos ejemplos, en *bocacalle*, *bocamanga*, *bocamina*, etc., el componente *boca* responde a la acepción figurada 'entrada o salida' ¹; *aguamarina* se llama a una piedra preciosa que se parece, en su color, al *agua del mar*; *coliflor* en una síntesis de semejanzas con *col* y *flor* y lo mismo ocurre en *ciempiés*, *milhojas*; *agua-fuerte* (con el sentido de 'lámina obtenida por el grabado al agua fuerte') responde a una metonimia de *agua fuerte* que, a su vez, y según el Diccionario de la Real Academia, nos ofrece usos figurados de *agua* 'líquido' + *fuerte* 'corrosivo' ²; *aguafiestas* se basa en el sintagma *aguarse la fiesta*, que alude a las consecuencias que tiene la lluvia en las fiestas populares. Los ejemplos podrían multiplicarse fácilmente, pero tal vez convenga recordar que la pérdida de la motivación semántica disminuye el valor expresivo del vocablo. Claramente se advierte en *tirabuzón*, préstamo del francés *tire-bouchon* ³, en cuya lengua reúne las dos motivaciones de que tratamos, pues alude a la semejanza con el sacacorchos; en castellano ha perdido la motivación semántica y queda sin sentido último la posible comparación de *tirar* y *buzón*.

c) El valor expresivo del compuesto nace del hecho mismo de la composición, pues la suma de los significados de los dos términos crea

¹ Tercera de las que figuran en el Diccionario de la Real Academia.

² Aunque este significado de «corrosivo» no aparece en el Diccionario académico, podría fácilmente integrarse en la acepción 12: «fig. muy vigoroso y activo: *tabaco fuerte*».

³ Introducido en el siglo XVIII. Vid. COROMINAS, s. v. *tirar*.

una representación sensorial en la que se basa la motivación semántica que afecta a la unidad léxica, no a los elementos que la forman independientemente. A este tipo podrían corresponder formas como *boquiabierto*¹, *tentempié*, *patitieso*², *machiembrar*³, *capigorrón*⁴, etc. El carácter de palabras motivadas en su significado explica su particular frecuencia en el lenguaje afectivo (y de ahí, el valor estilístico que analizaremos más adelante) en diversas épocas del idioma con valores generalmente despectivos, como ha señalado F. Yndurain: *rastrapaja* (en Berceo, *Milagros*, 213), *matasiete*, *destripaterrones*, *matamoros*, *majagranzas*, *tiralevitas* (y el más grosero e intenso *lameculos*), *cantamañanas*, *pelagatos*, etc.⁵; el mismo carácter explica su frecuencia en la creación de apodos y aun de nombres de personajes literarios, como *Trotaconventos* o *Urdemalas*.

d) Compuestos híbridos que incluyen un elemento de lengua distinta a aquella en que se produce el compuesto. En estos casos la motivación morfológica tiene un valor variable y depende, en buena medida, de la frecuencia con la que la palabra extranjera se use en otros compuestos semejantes. Se trata, pues, de un tipo intermedio entre 'composición y derivación, cuyos matices dependen, además de la frecuencia, del valor significativo que el hablante reconoce en la palabra extraña.

Así, por ejemplo, nos inclinamos a considerar compuestas plenamente palabras como *televisión*⁶, *telegrafía*, *aeropuerto*, *aeronave*⁷, *astrólogo*, *astronomía*, *astronauta*⁸; que incluso pueden tener valor especial expresivo como en el uso de *asnografía* por Juan Ramón Jiménez. En cambio, nos inclinamos a considerar como derivados palabras del

¹ El uso figurado 'que está embobado mirando alguna cosa' es mucho más frecuente y expresivo que la primera acepción del DRAE: 'que tienen la boca abierta'.

² Segunda acepción: fig. y fam. 'que se queda sorprendido por la novedad o extrañeza que le causa alguna cosa'.

³ Sobre usos figurados de *macho* y *hembra*.

⁴ Reducido después a *gorrón*. Vid. IRIBARREN, p. 61.

⁵ Vid. F. YNDURAIN. *Sobre un tipo de composición nominal, verbo + nombre*. En *Presente y futuro de la lengua española*, vol. II, pp. 297-302.

⁶ Reducido en el habla popular a *tele*, *la tele*. Sobre el mismo esquema se encuentra *telediario*.

⁷ Sobre la forma *ἀηρ* 'aire' + palabra española.

⁸ Pero, en cambio, se ha perdido la motivación en el español *desastre* (< galorrománico *désastre* 'desgracia') y su familia *desastrado*, *desastroso*. Sobre el francés, vid. ULLMANN, *Introducción*, p. 162. La forma *gatomaquia* la sentimos como compuesta, pero su segundo elemento resulta inanalizable para el hablante culto medio.

tipo *retroceder*, *retrovisor*, *anfiteatro*, *arzobispo*, *archiduque* (cf. los irónicos *archipobre*, *archibribón*, *archipámpano*, *architonto*, etc.). Esta última serie nos proporciona un buen ejemplo de hasta qué punto puede cambiar nuestro sentido de la motivación y es difícil establecer los límites entre derivados y compuestos. J. Corominas —cuyo conocimiento del castellano no puede ser discutido— considera como compuestas las palabras *arquitecto* y *arquetipo*¹, en tanto que define el componente *archi-*² como prefijo derivativo³.

Claramente derivados parecen los vocablos compuestos que encierran un elemento —préstamo o arcaísmo— que existe sólo en esos compuestos; esto es, no tienen una serie que les sirva de apoyo. Tal es el caso del híbrido hispanoárabe *aguanafa* ('agua de azahar')⁴, del hispano-latín *aguarrás*⁵; *aguaducho*⁶, etc., y aun de los arcaísmos del tipo *susodicho*, *somosierra*. Como veremos después, la lengua reacciona contra estas pérdidas de motivación creando etimologías populares que modifican, por afán de expresividad, la forma de algunas de estas palabras, de modo que son interpretadas en relación con palabra distinta de la que originariamente formaba el compuesto.

e) En una situación intermedia semejante entre compuestos y derivados se encuentran también los casos en que uno de los componentes carece de autonomía semántica. En castellano suele ofrecer la estructura de *partícula* (generalmente preposición) + *palabra categoremática*. Alemany⁷ las denomina «compuestos formados con prefijos» e incluye, en la lista que de éstos hace, elementos de muy diverso valor desde el punto de vista expresivo, ya que reúne componentes castellanos, latinos, griegos e incluso alguna forma árabe como el artículo *al*.

Desde el punto de vista de la motivación, parece necesario estable-

¹ Las dos formas se basan en la suma de un verbo *ἄρχω* 'soy el primero' más un sustantivo: *τεκτων* 'obrero, carpintero' y *τύπον* 'tipo', que pasaron al latín.

² Derivado del latín *archi-* < gr. *ἄρχω*.

³ Vid. DCELE, s. v. *archi-*, *arquetipo*, *arquitecto*. Es evidente que si *arquitecto* es en su origen una palabra compuesta, hoy no la sentimos como tal.

⁴ Usado en Murcia como registra el DRAE, sólo en el compuesto y en el grupo *agua de nafa*.

⁵ Compuesto de *agua* + lat. *rasis* 'pez en bruto', según Corominas. La fonética de la palabra parece apuntar a un inmediato origen francés.

⁶ Compuesto latino *aquaeductu*, que ha adquirido hoy el matiz despectivo de otros derivados en *-ucho*: como *papelucho*, etc.

⁷ JOSÉ ALEMANY BOLUFER. *Tratado de la formación de palabras en la lengua castellana. La derivación y la composición. Estudio de los sufijos y prefijos empleados en una y otra*. Madrid, Victoriano Suárez, 1920, 214 p. Vid. p. 173. Cito gran número de los ejemplos recogidos por Alemany en todo lo que sigue a este propósito.

cer tres tipos al menos de diverso valor expresivo. Enunciados muy esquemáticamente, serían los siguientes:

1) Palabras cuyo primer elemento es una preposición española de significante bisilábico. Su volumen fónico parece conferirle una cierta autonomía, que tal vez se encuentre en relación con el hecho de que sus valores significativos oscilan entre la función específica de la preposición y los propios del adverbio de lugar¹. Tal sucede, por ejemplo, en los compuestos españoles de:

ANTE: *antebrazo, anteojo*², *antesala, antecámara, antepuerto, antepecho...*; *antepasado, antepenúltimo, antediluviano...*; *anteponer, anteceder...*; *anteayer, anteanoche...*³, etc.

CONTRA: *contraveneno, contraluz, contrasentido, contraorden, contracorriente, contrabarrera, contraventana, contrabando*⁴, *contrapelo*⁵...; *contranatural, contrahecho, contraindicado...*; *contradecir, contraponer, contrapesar, contrarrestar...*, etc.

ENTRE: *entreacto, entresuelo, entretiempos...*; *entrefino, entrecano, entreclaro...*; *entretejer, entrelazar, entrever, entreponer, entretener, entresacar...*, etcétera.

SOBRE: *sobrenombre, sobreparto, sobreprecio...*; *sobrehumano, sobretodo, sobreagudo...*; *sobrecoger, sobresalir, sobrepujar, sobreponer, sobrevivir...*, etcétera.

¹ No es momento oportuno para plantear el problema de las relaciones entre la extensión del significante y la entidad del significado en el caso concreto de las partículas. Pero la lingüística diacrónica (tan marginada actualmente en el campo de la Lingüística general), enseña inequívocamente la interdependencia entre ambos factores del signo lingüístico con dos tipos de hechos distintos pero solidarios: la mutilación fónica de las palabras que pierden contenido semántico por convertirse en auxiliares o partículas y los refuerzos fonéticos (generalmente por adición de sufijos o incluso por composición) que la palabra autosemántica recibe cuando la pérdida de algunos sonidos reduce excesivamente el cuerpo de la palabra. Vid. ULLMANN, *Introducción*, pp. 109-112 (y mis notas 16 y 17) y 154-155. Bastará, por ahora, con señalar su importancia.

² Cf. el diverso significado de *antoejo* sobre el que existe una curiosa observación de BARTOLOMÉ JIMÉNEZ PATÓN: «Estos tales, aun las etimologías de las dicciones quieren explicar cuando hablan, diciendo los *abrejos*, los *anteojos*, por *abrojos*, *antojos*». Vid. *Epítome de la ortografía latina y castellana. Instituciones de la Gramática Española*. Estudio y edición de ANTONIO QUILIS y JUAN MANUEL ROZAS. Madrid, C. S. I. C., Clásicos Hispánicos, 1965, p. LXXIX.

³ Cf. el valor adverbial en los grupos *antes de ayer*, *antes de anoche*. Compárese con *antaño*.

⁴ El significado originario 'contra ley, contra un bando o pregón' se ha especializado en el sentido de las leyes aduaneras, que es el dominante hoy.

⁵ Usado en la locución adverbial *a contrapelo*.

2) Los compuestos formados por preposiciones monosilábicas, cuyo contenido e independencia semánticos es mínimo, parecen encontrarse más claramente en el campo de la derivación que en el de la composición y por ello su motivación parece menos expresiva¹ en líneas generales. Las de mayor rendimiento en español son las siguientes:

A: *alancear, apedrear, atenazar, agrandar, amansar, avivar, alejar, anochecer*, etc.

CON: *condueño, contertulio, concuñado, compadre, convencer, compadecer, componer, corresponder*, etc.

DE: *decaer, deponer, demarcar, delimitar, debatir, demérito, denegrido*, etcétera.

EN: *encoger, encerrar, ensuciar, embeber, embarcar, encima, embellecer*, etc.²

3) Indudables derivados son los vocablos que incluyen como prefijo algunas de las llamadas «preposiciones inseparables» que, en realidad, son preposiciones griegas o latinas cuyo uso se ha extendido desde la lengua culta. En el ambiente literario o técnico en que se originaron los derivados en cuestión, tales prefijos tenían una clara e intencional motivación, pero, al pasar a la lengua general, su expresividad depende, casi exclusivamente, de uno de estos dos factores: a) el rendimiento o frecuencia con que se emplean en castellano: a mayor frecuencia, más fácilmente se los reconoce como tales prefijos. b) Los conocimientos que el hablante tenga de las lenguas de origen.

Existirán, pues, una serie de matices extraordinariamente complejos cuya estructuración nos llevaría muy lejos del objeto inmediato que nos proponemos, pues exigirían un pormenorizado estudio de los diversos casos. Y en ello se implicaría, además, el problema de la peculiarísima situación en que se encuentran el latín y el griego como fuentes inagotables de neologismos castellanos. Nos limitaremos, por tanto, a señalar un par de ejemplos significativos.

El prefijo *anti* (< prep. griega 'αντι) tiene claro valor expresivo cuando aparece ligado a vocablos castellanos: *anticristo, anticlerical*,

¹ Esto parece deducirse, en una primera consideración, de los derivados y compuestos del verbo *poner* que citamos: a) Preposiciones bisilabas: *anteponer, contraponer, sobreponer*. b) Preposiciones monosilabas: *deponer, componer, imponer*. c) Preposiciones inseparables: *exponer, proponer, suponer*. Claro está que la correspondencia no es absoluta: *trasponer* y *posponer* mantienen claros valores adverbiales del prefijo, a pesar de su carácter monosilábico o inseparable, respectivamente.

² Curioso es señalar, aun de pasada, el escaso rendimiento de *por*: *pormenor, porvenir* y de *para*: *parabién, parapoco*.

anticonstitucional, antiácido, anticiclón, antirreumático, antituberculoso, antiestético, etc.¹. Pero no lo es tanto —y puede prácticamente desaparecer— si el segundo elemento de la palabra es también griego, con lo que aumentan las dificultades de motivación: *antipático, antídoto, anti-sepsia, antípoda*, etc. Aún podríamos señalar un tipo intermedio entre ambos extremos: el componente griego tiene semejanzas de significado y significante con palabras (sean o no de origen culto) en castellano: *antífrasis* (cf. *frases*, etc.)².

El segundo fenómeno interesante que nos permitimos apuntar brevemente nos lo ofrece el estudio de la preposición española *so*. Derivada del latín *sub*, ha caído en desuso desde el siglo XVI, y aunque sigue figurando en las gramáticas escolares tiene actualmente menos valor expresivo y menor rendimiento³ que la partícula inseparable *sub*, que utilizamos para formar numerosos derivados. A tales conclusiones lleva la comparación de parejas del tipo: *sochantre* ~ *subdirector*, *sopeña* ~ *subsuelo*, *solerraño* ~ *subterráneo*⁴, *sojuzgar* ~ *subyugar*, etc.⁵.

Hemos examinado, dentro siempre del plano de motivación expresiva, las diversas gradaciones que se establecen desde las palabras motivadas fonéticamente hasta alcanzar la mínima motivación morfológica de las derivadas. Creemos que algo semejante podría intentarse partiendo de éstas para desembocar en las llamadas «palabras simples», «primitivas», en el «léxico puro» que sirve a Saussure para fundamentar su doctrina de la arbitrariedad del signo. Pero este menester queda fuera del plan de nuestra investigación actual; lo que nos interesa ahora es subrayar el hecho de que la lingüística histórica confirma los resultados a que hemos llegado en nuestro análisis, esencialmente sincrónico.

Walter von Wartburg ha afirmado con todo rigor: «Entre derivación y composición no existe, desde un punto de vista histórico, un límite preciso. Un sustantivo puede desgastarse poco a poco semánticamente

¹ Cf. las parejas en que se manifiesta la equivalencia *contra-anti*: defensa contra aerona · defensa antiaérea; cañones contra carros-antitanques; lucha contra el cáncer · medicamento anticanceroso, etc.

² Algo semejante podría decirse de los vocablos en que aparecen formas numerales del tipo *deca*: *decalitro, decámetro, decasílabo, decálogo, decápodo*; *mono*: *monomanía, monótono, monoplano, monoteísmo, monólogo*, etc. Más arriba nos hemos referido a los compuestos híbridos y su valor expresivo.

³ Hoy se usa sólo en locuciones del tipo *so capa, so color*.

⁴ Aunque en *solerraño* hay que tener en cuenta la ñ procedente de n + yod.

⁵ Vid. otros ejemplos en ALEMANY, *op. cit.* pp. 207-209, quien recoge las diversas variantes fonéticas de *sub* como prefijo en castellano.

y degradarse hasta convertirse en sufijo¹. Composición y derivación están, por tanto, la una con respecto a la otra, en una relación de continuidad histórica. La derivación es, por tanto, una composición desgastada y extendida por la analogía². Tal vez convenga matizar un poco sus autorizadas palabras, pues pueden producir la impresión de que establece una secuencia «necesaria» entre composición y derivación, basada en la frecuencia con que históricamente —en las lenguas románicas al menos— se produce el paso composición → derivación frente al más raro derivación → composición.

Convendrá tener en cuenta, en primer lugar, que la evolución fonética deshace con frecuencia la individualidad fónica de uno —o de los dos— componentes de la palabra compuesta, con lo que arruina —o minimiza— su motivación³. En el mismo sentido operan otros hechos que hemos venido señalando anteriormente, como es la pérdida o desuso de uno de los términos agrupados⁴. Por último, en el caso del español y otras lenguas románicas, hemos de tener presente siempre que los frecuentes préstamos griegos y latinos, de tipo culto, que se utilizan en la creación de palabras compuestas tienen como consecuencia que lleguemos a considerar estos préstamos como simples prefijos o sufijos derivativos, pues no existen como palabras independientes en español⁵. Esto es, creemos que la continuidad histórica composición → derivación debe ser considerada, como fenómeno general, dentro de una consideración diacrónica total del problema de la motivación y arbitrariedad del

¹ Aunque suelen producirse al mismo tiempo la degradación fonética y el desgaste semántico, a veces nos encontramos con casos límites entre compuesto y derivado como el que nos ofrecen los adverbios españoles de modo del tipo *adjetivo + mente*. Sin que haya sufrido ninguna modificación fónica (incluso mantiene su acento, como veremos al examinar los compuestos en el plano fónico), hay un evidente desgaste semántico en la evolución del significado de *mente* (sustantivo) > *-mente* (componente adv. de modo).

² *Problemas y Métodos*, p. 138.

³ Tal fenómeno es particularmente grave cuando uno de ellos —en español generalmente el primero— es átono como elemento del compuesto: *bendito*, *bien + dicho*. El fenómeno se encuentra también —a pesar de su fijeza y frecuente referencia motivada— en los topónimos *Septe Comites* > *Sietcuendes* > *Sicuendes* (no motivado hoy en relación a *siete* y *conde*), *Centifontes* > *Cifuentes* (derivado aparente de *fuelle*); (eclesia) *Sancti Felicis* > *Saelices*, etc.

⁴ La desaparición de *mur(e)* —todavía vivo en la Edad Media, pero sustituido por *ratón*— ha oscurecido las motivaciones morfológica y semántica de *mure caecu* > *murciego* > *murciélago* y la del derivado *murecellu* > *morcillo* ('tipo de carne fibrosa, de músculos').

⁵ Sobre la importancia que le concede ULLMANN, vid. *Semántica*, Aguilar, 1962, pp. 125-130.

signo lingüístico. Si, como hemos venido observando, la motivación es más intensa y evidente en las palabras compuestas que en las derivadas, la pérdida de motivación debe explicar, en muchos casos, el paso compuesta → derivada y, recíprocamente, el afán de expresividad nos descubriría parte sustancial de las razones por las que, en numerosas ocasiones una forma derivada (con motivación mínima) es sustituida por una forma compuesta, más expresiva ¹. En última instancia, no debemos olvidar que la pérdida de motivación está contrapesada en cierto modo —aunque afecte a menor número de casos— por la tendencia a analizar las formas léxicas que conocemos con el nombre, tal vez más afortunado de lo que se cree, de «Etimología popular» ².

En los tratados de lingüística, el concepto de «etimología popular» suele aparecer contrapuesto al de «etimología científica» y es utilizado normalmente, bien para explicar algunos fenómenos extravagantes en el normal cumplimiento de las «leyes fonéticas» ³, bien modificaciones

¹ Aparte de las conocidas razones fonéticas, morfológicas y homonímicas, parece evidente que, en la sustitución del futuro flexional latino por la perífrasis *infinitivo + habeo*, tuvo papel importante el que esta segunda forma era más expresiva, precisamente por su motivación como tal compuesto. En la historia del español existe una larga etapa —hasta mediados del siglo XVI aproximadamente— en que se tiene conciencia de su estructura, pues pueden interpolarse pronombres complementos entre los dos componentes. Cuando se produce la fusión definitiva y el compuesto se transforma en derivado comienza una nueva era, en que el juego se repite: los futuros sintéticos empiezan a sufrir la concurrencia de nuevas perífrasis de diverso valor expresivo: inminencia, obligación, etc. Vid. WARTBURG, *Problemas y Métodos*, pp. 163 ss. y la nota 126 de DÁMASO ALONSO en las pp. 165-166. ¿Cabría establecer una motivación expresiva gradual verbo modal + verbo → perífrasis verbal → tiempo compuesto → tiempo simple?

² Vid. en especial J. GILLIÉRON. *Généalogie des mots qui désignent l'abeille*. Paris, 1918, pp. 223-255; W. v. WARTBURG, *Zur Frage des Volksetymologie. Homenaje... M. Pidal*, 1925, I, pp. 17-27; id., *Problemas y Métodos*, pp. 201 ss.; G. GOUGENHEIM. *La fausse étymologie savante*. *RoPh*, 1948, I, pp. 277-286; J. ORR. *L'etymologie populaire*, *RLiR*, 1954, XVIII, pp. 129-142; J. VENDRYES. *Pour une étymologie statique*, *BSLP*, 1953, XLIX, pp. 1-19; ULLMANN. *Semántica*, pp. 115 ss.; id. *Introducción*, p. 163 ss., y W. PORZIG. *El Mundo maravilloso del lenguaje*. Madrid, Gredos, 1964, pp. 209-210, que propone el término de «aclaración». A. DAUZAT. *La Géographie linguistique*. Paris, 1922, pp. 72-80, y CH. BALLY. *Ling. gén. et ling. française*. I 282, p. 176, prefieren el término «atracción paronímica». No trata específicamente de ella P. GUIRAUD. *L'étimologie*. Paris, Presses Univ. de France, 1964, pp. 125 ss., aunque a lo largo de su exposición pueden encontrarse datos muy valiosos.

³ Así, por ejemplo, MENÉNDEZ PIDAL, quien reúne la etimología popular con la ultracorrección y la equivalencia acústica bajo el común denominador de «error lingüístico», colocándolo al final del estudio de la Fonética histórica. Vid. *Manual de Gramática Histórica*. Madrid, Espasa-Calpe, §§ 70-72, pp. 190-201. Tipo *verruculu* > ant. *ferrojo* > mod. *cerrojo*.

del significante y del significado producidas por falsas asociaciones ¹, bien del significado de préstamos extranjeros o de cultismos greco-latinos ². Se ha subrayado el hecho de que este tipo de etimologías no nace precisamente del pueblo «en el sentido sociológico de la palabra. No son los iletrados, sino más bien los semicultos, o incluso los cultos mal formados, como los escribas medievales o los latinistas del Renacimiento, los responsables de estos excesos» ³. Sin embargo, no se trata, en la raíz humana de los hechos, de un problema de mayor o menor sabiduría lingüística, sino de una actitud del hombre ante su lengua. En una de nuestras notas a la traducción del *Précis de Sémantique française* de Ullmann ⁴, hemos señalado que, a la hora de buscar motivaciones, Don Quijote y Sancho —eternos discutidores del lenguaje— se comportan del mismo modo. Esto es, etimología popular, sí, en el sentido que las *Siete Partidas* dan a la palabra *pueblo*.

En un análisis estrictamente sincrónico, no cabe distinguir, en absoluto, entre etimología popular y etimología científica, ya que lo que especificaría a esta última sería la exactitud de los datos diacrónicos. De ello se deduce que la etimología, dentro de este plano sincrónico, consiste, primaria y esencialmente, en el establecimiento de las relaciones asociativas que vinculan a los términos léxicos de un sistema lingüístico. Tal

¹ Fenómenos del tipo *ante ostianu > antuzano > allozano, vagabundo > vagamundo, sabiondo > sabihondo*, etc. DÁMASO ALONSO en sus notas a la traducción de los *Problemas y Métodos* de W. V. WARTBURG, pp. 201 ss., ha señalado que estos falsos parentescos pueden producirse por muy diversas causas. Unas veces es la pura semejanza fónica la que produce una alteración del significado (y no del significante) como sucede en *miniatura (> minio)* 'pintura hecha con *minio* o al bermellón' 'pintura de muy pequeñas dimensiones' por haberse asociado a la esfera de *mínimo, diminuto*, etc. En otras ocasiones la modificación parte del significado: tal sería el caso de *acetileno, aceitileno* por influjo de *aceite* «en fin, es algo que arde y alumbra y que en muchos pueblos ha sustituido directamente al candil o al velón» (nota 157, p. 204). Pero lo más frecuente es que actúen las dos fuerzas simultáneamente.

² Los ejemplos de este tipo serían numerosísimos. Pueden producir alteraciones del significante como en los ejemplos citados por DÁMASO ALONSO (nota 159, p. 205): *verdolaga (< portulaca), saxifraga > salsafragua*; en ocasiones interpreta como compuestos palabras simples (*wellingtonia > velintonia > birlantonía = birlar + Antonia*) que pueden dar origen a la creación de palabras nuevas como sucede en la historia de *melancolía* (lat. *melancholia* < gr. *μελαγχολία* 'bilis negra'; cf. *cólera*) que ha producido el sustantivo *encono* sobre la forma antigua *malenconia*. Aunque Corominas da etimología distinta (< *inquinare*); el fenómeno seguiría existiendo, aunque con distinto sentido.

³ S. ULLMANN. *Introducción*, p. 164.

⁴ Id. *Ibid.*, p. 166, nota 64.

es el sentido de las palabras con que Wartburg rechaza la calificación de «fenómeno patológico»¹ que Saussure dio a la etimología popular: «Este juicio es inexacto. La etimología popular es más bien la agrupación de palabras por familias, tal como la realiza el sentimiento lingüístico del pueblo en un momento determinado. Esta agrupación puede variar, no necesita ser hoy la misma que ayer. No se deja, pues, influir en modo alguno por la etimología histórica»². Por una curiosa contradicción consigo mismo, el gran maestro ginebrino llegaba a considerar como anormalidad la única etimología posible dentro de la inevitable consideración sincrónica que, basado en su famosa dicotomía, señalaba a los estudios lingüísticos.

Pero no debemos sorprendernos demasiado de este contrasentido si tenemos en cuenta que la etimología popular —como hecho lingüístico general— revela un radical afán de expresividad, que supone la mayor dificultad para admitir el axioma saussuriano de la arbitrariedad del signo lingüístico³. Wartburg, Vendryes y Ullmann, por citar sólo tres lingüistas de diversa formación, coinciden en señalar que «la fuerza impulsora que hay detrás de la etimología popular es el deseo de motivar lo que es o se ha vuelto opaco en la lengua»⁴. Ahora bien, tendremos que preguntarnos inmediatamente por el *modus operandi* de esta fuerza; esto es, tendremos que plantearnos el problema de la palabra —en nuestro caso, de la compuesta —como signo lingüístico desde la otra ladera que en todo hablante hay: la de oyente.

Partiendo de esta consideración, J. Orr ha afirmado que la etimología popular se distingue de la científica en que la primera «más viva, más operativa que esta última, hace instintivamente, intuitivamente y del primer golpe lo que la otra hace intencionadamente, con gran esfuerzo de libros y de fichas»⁵. Pero si, como hemos visto, la etimología popular se funda en el establecimiento de las relaciones asociativas de un vocablo determinado con el resto del léxico del idioma, llegaremos a la conse-

¹ Tal calificación desapareció después de la primera edición del *Curso*, como ha subrayado ULLMANN. *Semántica*, p. 118.

² *Problemas y métodos*, p. 212.

³ De ahí nuestro total acuerdo con DÁMASO ALONSO: «Para nosotros "arbitrariedad" no es lo mismo que inmotivación (o sea, tautológicamente, "arbitrariedad" y "motivación" no son contrarios)» (*Poesía Española*, pp. 600-601). Pero tampoco deberá caerse en el extremo contrario: identificar *motivación* con «necesidad» de un significante determinado por cada significado.

⁴ Citada por ULLMANN, *Semántica*, p. 116. La frase es de Vendryes, formado en la escuela francesa de A. Meillet.

⁵ Citado por ULLMANN. *Semántica*, p. 118.

cuencia inmediata de que tales intuiciones instintivas suponen una operación de análisis y una serie de grados que conviene ordenar, siquiera sea esquemáticamente, para detenernos más en el punto que nos interesa ahora.

En una comunicación nuestra a los coloquios lingüísticos organizados con ocasión del XXV aniversario del Consejo Superior de Investigaciones Científicas nos hemos ocupado con mayor atención y detalle de la estructura del campo asociativo de la palabra. De ahí que no fundamentemos los grados que establecemos para referirnos directamente a tres esenciales.

1) Asociaciones del significante → Motivaciones basadas en la semejanza fónica. A este grupo pertenecen las onomatopeyas y palabras expresivas cuyo significado se evidencia de modo más o menos «inmediato» en la conciencia del oyente¹. En segundo lugar, habría que contar en este apartado las formas de etimología popular que Ch. Bally y A. Dauzat llaman «atracción paronímica», de gran interés en el estudio de la adaptación de los préstamos.

Tales motivaciones pueden llegar a modificar el significado de la palabra analizada (incluso en el caso extremo de los nombres propios²) o frenan la evolución y cambio del significante.

2) Asociaciones basadas simultáneamente en el significado y en el significante → Motivación morfológica.

Es sin duda el vínculo asociativo más fuerte en nuestras lenguas románicas y en él deberemos encuadrar el estudio de los derivados y compuestos.

3) Asociaciones basadas en el significado → Motivación semántica.

De extraordinaria complejidad, acorde con la radical del significado mismo. En ella se fundan las motivaciones que atañen no sólo al aspecto intelectual, sino las que se desprenden de los valores afectivos, evoca-

¹ Ni siquiera aquí intuición instintiva. Es preciso un momento de reflexión. El que permite distinguir entre *tintinear* y *tintero*.

² WARTBURG y D. ALONSO, *Problemas y Métodos*, pp. 208-212, han señalado cómo el significante de algunos nombres de santos, por asociación fónica a palabras del sistema, han llegado a condicionar el que se les atribuya determinados patronazgos: *Santa Lucia*, protectora de la vista, por semejanza con *luz*; *San Expedito*, patrono de los negocios difíciles, etc. Lo mismo ocurre con los topónimos: a los ejemplos antiguos señalados por D. Alonso se podrían añadir numerosas motivaciones actuales. Valga un solo ejemplo: *Benidorm* = ben + i + dorm 'ven y duerme', en un análisis castellano; 'bien duermo allí' si el análisis se efectúa desde el catalán. En cualquier caso, ideal que el pueblecito de pescadores alicantinos convierte en atractivo turístico.

dores, etc. Los usos figurados, metáforas y metonimias tendrían que situarse dentro de este grupo.

Para nuestro propósito, limitado de antemano, nos interesa especialmente detenernos en el tipo 2 no sin admitir que, como siempre, existe una serie de matices intermedios que fácilmente se deducen de la exposición que hemos hecho partiendo de la perspectiva del hablante, por lo que no creemos necesario insistir más en ello.

A la pregunta que nos formulamos sobre el *modus operandi* del oyente ante la palabra hemos respondido que la etimología popular obraba por vía de análisis —todo lo apresurado y expuesto a errores que se quiera, pero análisis en fin de cuentas— que consiste en relacionar el término que recibimos con el léxico que poseemos. Ahora bien, todo análisis se efectúa sobre la existencia de unos principios, de unas normas, que lo dirigen y en función de las cuales valoramos los resultados. Tales normas no pueden ser otras que las que se deducen del léxico desde el que analizamos y al que queremos integrar el vocablo recién llegado. Se deduce de ello que nuestro análisis comportará necesariamente los siguientes elementos:

a) *Fónico* (y ortográfico), en el que analizaremos la estructura sonora del vocablo (y su representación gráfica) en diversas direcciones: acentuación, fonemas que lo forman (con el problema delicadísimo de las equivalencias si se trata de un préstamo, estructura silábica, etc.).

b) *Morfosintáctico*. Que comprenderá desde el reconocimiento de morfemas de género, número, tiempo, etc., al funcionamiento de la palabra dentro del enunciado. Y aun de la amalgama de enunciados complejos.

c) *Semántico*. En que habremos de plantearnos, entre otros, dos problemas capitales para el estudio del compuesto. El de la estructura interna del significado con la difícil delimitación entre derivados y compuestos. Y de la delimitación entre palabra y grupo a la luz de la consideración unitaria de la palabra.

Tal es el programa de trabajo que desarrollaremos inmediatamente en el curso de nuestra investigación, que detenemos en este momento.

EUGENIO DE BUSTOS TOVAR.